

PARA UNA ESPIRITUALIDAD DEL CRISTIANO CASADO

El Anillo de Oro — Número 84: noviembre-diciembre de 1958, pp. 425-436.

Me han invitado a hablarles de lo que comúnmente se llama "la espiritualidad de los cristianos casados ". Algunos teólogos rechazan esta expresión, otros la defienden. El padre Congar, en sus "Jalons pour une théologie du laïc" (Guía para una teología del laicado), escribe para justificar este término, que él mismo utiliza: "No entraremos aquí en el debate que se instituyó hace un tiempo atrás en torno a la palabra espiritualidad. Quienes, dando a la palabra toda su precisión y toda su densidad teológica, han rechazado la idea de una espiritualidad del clero diocesano o de los laicos, ganarían fácilmente nuestro apoyo. Pero quienes, tomando la palabra en un sentido concreto y descriptivo, se han esforzado por recoger los elementos de una espiritualidad del clero diocesano, del apostolado o del laicado, me encontrarían acogedor y simpáticamente atento".

La "tentación de la santidad"

Me propongo, pues, ofrecerles una visión de conjunto de la "espiritualidad del cristiano casado". Pero, de entrada, reafirmemos que no hay varias formas de santidad, sino una sola perfección cristiana. Santo Tomás de Aquino la define así: "Todo ser es perfecto en la medida en que alcanza su fin, que es su perfección final; ahora bien, el fin último de la vida humana es Dios, y es la caridad la que nos une a Él, según la palabra de San Juan: "El que permanece en la caridad permanece en Dios y Dios en él". Por tanto, la perfección de la vida cristiana consiste especialmente en la caridad. La santidad es la misma para los laicos y para los religiosos, y se define del mismo modo. Todo cristiano -y, por tanto, todo cristiano casado- está llamado a la perfección.

Hay que reconocer, sin embargo, que cuando los laicos toman conciencia de ello, a veces sienten pánico ante la perspectiva de la santidad. Nada más impresionante que la confesión de Jacques Rivière: "Dios mío, aleja de mí la tentación de la santidad. Esa no es mi tarea. Conténtate con una vida pura y paciente, que haré todo lo posible por darte. No me prives de esas deliciosas alegrías que he conocido, que tanto he amado, que tanto anhelo redescubrir. No me confundas. No soy el tipo adecuado. Estoy casado y soy padre, y soy escritor. No me tientes con cosas imposibles, perdería el tiempo, ¡tiempo que podría dedicar a tu servicio!"

La necesidad de una espiritualidad para los cristianos casados

Existe, pues, una única santidad a la que todos están llamados y para la que hay que recordar constantemente a los cristianos que están hechos.

Pero ¿espiritualidades? ¿Espiritualidades, es decir, caminos para alcanzar la santidad? ¿Qué es lo que distingue y caracteriza a estos distintos itinerarios? En primer lugar, como sugiere el Padre Congar, el estado de vida. Es evidente que la doctrina cristiana, que es la misma para todos, no puede ser vivida del mismo modo por un monje, un profesor de religión, un miembro de un instituto secular o un hombre o una mujer casados. Ya podemos especificar una espiritualidad particular para cada uno de estos estados.

La espiritualidad se caracteriza también por las grandes orientaciones dadas por los fundadores de las diferentes Órdenes: la alabanza por un lado, la reparación por otro, o el énfasis puesto en la pobreza: aspectos diferentes que presentan, en la Iglesia, santos con fisonomías extraordinariamente variadas. Dos cristianos mediocres se parecen, mientras que dos santos son siempre muy disímiles, aunque ambos estén habitados por una caridad heroica. Diferentes tipos de santidad, diferentes caminos, todo ello para alcanzar la misma santidad y ofrecer para nuestra admiración un rostro múltiple de Cristo, que sin embargo sigue siendo el mismo: el único rostro de Cristo.

¿En qué consiste la espiritualidad del cristiano casado? Podríamos decir, y tal vez un día lo digamos, que hay espiritualidades diferentes para los cristianos casados. Es más, ¿no estamos viendo ya distintos tipos de hogares? Sería interesante e instructivo realizar una serie de estudios sobre los hogares vinculados a las grandes órdenes religiosas, a través de terceras órdenes o de algún otro vínculo. Pero dejemos eso, no es nuestro tema. Intentemos ver qué se aplica a todos los hogares.

Sin plagio

En primer lugar, en pocas palabras, lo que no es la espiritualidad del cristiano casado. No es un plagio de la espiritualidad monástica. Tomé plena conciencia de ello el día en que, después de una conferencia, vi acercarse a mí a una mujer entrada en años, muy entusiasmada, diciéndome que yo le había interesado profundamente; avergonzado por tal demostración, le dije: "Pero señora, ¿a qué debo estas felicitaciones inesperadas? - Se lo contaré todo, padre". ¡Así que me dispuse a escuchar una confidencia que parecía tener alguna dificultad para salir a la luz! "Sabe, el coronel (así se refería a su marido, ¡sólo había un coronel en el mundo!), cuando me casé con él, evidentemente entonces sólo era un pequeño teniente, pero ya era profundamente cristiano, incluso era oblato de... (me he olvidado de qué abadía); tenía un gran sentido de la abnegación y de la penitencia, e incluso, Padre, puedo decirle que llevaba cilicio, ¡pero debo añadir que era yo quien lo padecía!". Comprendí entonces por qué me felicitaba tan efusivamente por abogar por una espiritualidad conyugal: para que los maridos aprendieran que no es recomendable que lleven cilicio si son sus esposas las que tienen que mortificarse por ello.

Así pues, primer concepto a eliminar: una espiritualidad conyugal que es puro plagio de la vida religiosa.

Ni evasión, ni individualismo

El segundo error que hay que evitar es la espiritualidad escapista. Una madre muy profundamente cristiana, que sin duda había recibido grandes gracias de oración, estaba en contacto con todos los religiosos y religiosas de su región; a menudo iba de retiro a esos monasterios. Todos los días de su vida, se enterndía que de 9 a 11 de la mañana, nadie -ni los criados, ni los niños, ni tampoco el marido- debía entrar en la habitación de la señora. Sucedió que un día este hombre fue a buscar consuelo en otra mujer algo menos mística. Y el hogar probablemente se habría roto si Dios no hubiera llamado a la esposa de vuelta a Sí, permitiendo al marido contraer un nuevo matrimonio con toda tranquilidad de conciencia. Sin duda, después, cuando descubrió el cuaderno espiritual de su primera esposa, comprendió mejor a la mujer que había sido su compañera durante tanto tiempo, y él mismo se convirtió a una vida más cristiana.

Pero éste es un ejemplo típico de una vida espiritual de evasión que no tiene en cuenta las responsabilidades conyugales y sociales.

Otro error: una vida espiritual individualista. En muchos ámbitos, los cónyuges observan la unidad de punto de vista y de acción que rige en el hogar. Pero no tratan de comunicarse espiritualmente. Viven con Dios como individuos. Van cada uno por su lado con su sentir personal, alejados el uno del otro. Como un soltero. Cada uno dice "yo", sin pensar en el "nosotros" creado por el Sacramento.

Sin confusión

Cuarto error - ¡eliminar los errores despeja el terreno! - una vida espiritual que es una especie de confusión. Qué confesor no ha visto que un día se le acerca una pareja joven y le dice: "Padre, nos va a confesar a los dos juntos. - Pero no, querido amigo, prefiero confesarlos uno después del otro. - ¡Pero el Padre fulano nos confiesa a los dos juntos! - Bueno, tal vez, pero... si quiere, ¡haremos las cosas una después de la otra!" Evidentemente, este deseo es conmovedor, procede de un bien natural y expresa una verdadera orientación, pero va un poco demasiado lejos... El hecho es que los cónyuges tienen razón al pedir a sus sacerdotes que les traten como hombres y mujeres casados, como esposos. Me sorprendió un día leer esta carta de un campesino de Saboya, que no había estudiado teología, pero que tenía una notable perspicacia: "Después del matrimonio, nuestra vida espiritual también cambia, somos dos en uno; a partir de ahora, nuestras almas ya no deben ser más o menos cercanas, ni siquiera yuxtapuestas, sino dos almas íntimamente unidas, dos almas que no deben ascender a Dios por separado, en paralelo, sino juntas. Por lo general, los esposos no pueden expresarlo, pero lo sienten más o menos confusamente; desean medios espirituales adaptados a su nuevo estado. Si están acostumbrados a la dirección espiritual, sienten aún más esta necesidad; esperan, a partir de su matrimonio, ser dirigidos según su nueva vida, en función de la otra alma que ya no va a ser el alma-gemela, sino el alma-esposa. En realidad, la mayoría de las veces no cambia nada. Por supuesto, las dos almas siguen progresando lo mejor que pueden, pero como si cada una de ellas estuviera sola al tener que santificarse, independientemente de la otra. Además de la incomodidad que acabamos de mencionar, esto se traduce también en un malestar con el sacerdote; los cónyuges tienen entonces la impresión de que ya no les sigue tan de cerca en su nueva vida, impresión a menudo agravada por su actitud más reservada, más distante. Con las dificultades de adaptación y el demonio actuando, muchos de ellos acaban creyendo inconscientemente que su matrimonio les aparta, un poco al margen, casi fuera de la religión. Para los que tenían una vida espiritual ferviente antes de su unión, esto provoca a menudo verdaderas crisis en su vida interior, lo que conduce a un enfriamiento de su vida religiosa, y casi siempre a un debilitamiento de su apostolado. Ahora bien, dos almas que se unen deben hacer más que sumar su potencial espiritual, ellas deben multiplicarlo. En realidad, ocurre lo contrario: este potencial disminuye, cuando no se reduce a cero.

"Se pueden encontrar muchas causas para la disminución de la influencia y la acción en estas parejas jóvenes de élite. La más grave es casi siempre la falta de unidad espiritual entre los cónyuges. Han unido sus cuerpos y sus corazones, pero no sus almas. En términos prácticos, los cónyuges necesitan ser guiados hacia una espiritualidad adaptada a su estado matrimonial, a toda su vida; hacia una espiritualidad del hogar. Esto requiere toda una mística y toda una ascesis. (¡Nuestro joven campesino había pensado bien su problema!) Ustedes, los sacerdotes, trabajan

para renunciar a ustedes mismos, para superarse, para despegarse de ustedes mismos para ir directamente a Dios, y eso es duro. Como esposos, nuestra vocación es ir juntos a Cristo, el uno con el otro, el uno a través del otro, uno por el otro. Las imperfecciones de nuestro cónyuge pueden impedirnos ascender, del mismo modo que las nuestras pueden frenar su avance; por eso es menos sencillo, no es ciertamente más fácil, y comprende, ¿verdad?, lo indispensables que nos resultan su guía y su ayuda".

He aquí una forma admirable de plantear la cuestión. Intentemos describir la espiritualidad que tanto necesitan los hogares para salvaguardar su vida hogareña.

- El matrimonio ofrece a los cónyuges sus propios beneficios y conlleva peligros.
- La espiritualidad conyugal debe invitarles a cristianizar toda su vida y a hacer brillar la Redención en sus hogares.

LOS BENEFICIOS DEL MATRIMONIO

El cónyuge

¿Qué beneficios tienen los cristianos casados? Pues tienen una ayuda que les es propia, que es su bien: beneficios de orden natural y de orden sobrenatural.

En primer lugar, la ayuda que debe ser la unión conyugal, el hecho de que estén los dos juntos, caminando juntos hacia la meta a la que Dios les llama: la santidad. No hablemos de esos hogares en los que el cónyuge corre el riesgo de ser un estorbo. Por supuesto, en todas partes lo mejor puede convertirse en lo peor. Pero hay hogares donde ambos cónyuges han comprendido, el día del matrimonio, que deben ser misericordiosos el uno con el otro, y que están unidos para trabajar por una meta. El fin sobrenatural del matrimonio es llevar a Dios a los hijos a los que han dado la vida, y ayudarse mutuamente, marido y mujer, a progresar en el camino de la santidad.

¿En qué consiste esta ayuda mutua entre marido y mujer? En primer lugar, en el control mutuo. Quizá la palabra "control" suene un poco desagradable, pero tiene la ventaja de ser clara: uno se ve a sí mismo a través de los ojos de otro. Muchas viudas me han dicho: "En el pasado, me veía a través de los ojos de mi marido, y en esa mirada descubría lo que no era apropiado en mi comportamiento; ahora que estoy sola, he comprendido muy bien qué ayuda tan preciosa es tener un compañero de camino".

El control, la mirada de otro, y también el consejo de ese otro. La mujer puede encontrar un gran enriquecimiento en su forma de ver y vivir la fe cristiana, porque en el plano espiritual también entra en juego la gran ley de la complementariedad. No se trata de que ella copie al hombre, como tampoco el hombre debe copiar a su mujer, sino que cada uno debe encontrar en el otro los elementos que equilibren, estabilicen y realicen su vida espiritual.

Control, consejo, apoyo; posiblemente una guía. Los maridos jóvenes se convencen fácilmente de que pueden contar en todo con sus mujeres: ¡el amor posee tal riqueza!. Pero cuidado con no acabar en lo que sería un desastre: ¡un marido -o una mujer- haciendo de director de conciencia! En estas cuestiones, las mujeres suelen ser más dominantes que los hombres. Sin embargo, cada uno puede ser un guía valiosísimo para el otro, sin suplantar al sacerdote. ¡Pobre cura!. ¿Qué sabe él de esta esposa que se confiesa? Claro que sabe lo que ella le dice, pero sabe muy poco de su vida. En cuanto al marido, se da cuenta de que los platos están quemados, que la mesa no está puesta, que hay polvo por todas partes... Aunque reconoce que su mujer es una gran

mística, piensa que sería una buena idea que añadiera a estos dones algunos más prácticos que le ayuden a cumplir con sus tareas del hogar. El sacerdote no sospecha nada de todo esto. No sabemos mucho de nuestros penitentes en el confesionario, pero el marido es realista, los hijos tienen sus exigencias, y la esposa puede encontrar una ayuda infinitamente valiosa para orientarse hacia una auténtica vida espiritual.

Un hombre me dijo una vez: "¡Odette, es mi conciencia! Con estas sencillas palabras, expresaba una realidad que se da por descontada en el matrimonio. Habiéndose casado con una mujer profundamente cristiana, la llevaba consigo como si fuera su propia conciencia; incluso cuando ella estaba lejos, le recordaba lo que debía hacer o lo que debía evitar.

El amor humano

La primera ayuda que ofrece la vida conyugal es el cónyuge. Añadamos -desde otra perspectiva- el amor humano. El amor es una realidad muy grande, muy santa, enraizada en la parte más carnal de nuestro ser, pero que debe florecer en la parte más espiritual. Este amor humano de un hombre y una mujer entre sí, aunque tenga lugar en el exterior, es una introducción a un amor totalmente interior. Es así como estamos hechos, como lo sensible inicia al espíritu. La sexualidad, de la que nos apresuramos a hablar mal, es un estímulo para salir de nuestro egoísmo, una orientación hacia el otro de dos seres que corrían el peligro de quedarse cada uno en su torre de marfil. Esta atracción carnal -bien experimentada, por supuesto- une a las personas y, poco a poco, las conduce a un nivel de amor cada vez más elevado, a un amor bañado en el amor de Dios que llamamos caridad conyugal.

Cuando el amor aparece de repente en la vida de un chico o una chica, es realmente una "gran oportunidad". Nosotros, los sacerdotes, vemos a menudo a ese chico o a esa chica que estén como prisioneros de sí mismos; es como si su alma estuviera en un caparazón que se ha petrificado con el paso de los años; la llamada del amor, el encuentro con el amor, es de pronto como una grieta en esa coraza; es una oportunidad para que estos seres se liberen, y para que sus almas alcancen por fin la luz y vivan su vida en plenitud. Como dice una de las heroínas de Claudel: "Esta fuerza que nos llama a salir de nosotros mismos, ¿por qué no confiar en ella y seguirla? ¿Por qué no creer en ella y ponernos en sus manos?" Así pues, digámosle a este joven, a esta joven: confía en el amor, pero confía en él prometiéndole satisfacer todas sus exigencias. Si son fieles al amor, el amor los llevará muy lejos y muy alto; les revelará un amor a Dios cada vez más profundo; les hará ver en Cristo al Esposo del alma cristiana. Una mujer casada me dijo una vez: "Comprendo cada vez más que el verdadero matrimonio es el del alma con su Dios". Precisamente, fue su matrimonio humano el que le había hecho descubrir lo que, de hecho, está encargado de representar y preparar: la unión del alma con Dios. La unión del hombre y la mujer, nos dice toda la Biblia, declaran todos los escritores espirituales, es la imagen de la unión de Cristo y la Iglesia, de la unión de Cristo y cada alma. Y es viviendo fielmente el propio matrimonio, estudiando las leyes que rigen el amor del hombre y de la mujer, como podemos descubrir poco a poco lo que debe ser la intimidad del alma con Cristo.

Cuando llegan los hijos, aportan a su vez una inmensa riqueza, pero también exigen una formidable abnegación. Temible y necesaria, porque nuestro camino hacia la santidad está hecho a la vez de muerte y de resurrección, de abnegación y de crecimiento en la caridad. Los hijos, esa carga que no podemos soltar... los hijos, que significan que un hombre y una mujer ya no pueden vivir limitados a ellos. Una madre escribía: "¡No creo que haya un estado que exija más entrega

que la vida de una madre! Este don es único e insustituible. Si una monja encargada de una obra de caridad cae enferma", prosigue esta madre, "sabe muy bien que si la sustituye una monja de igual valor, la obra de caridad irá igual de bien... o incluso mejor. Nosotras, en cambio, sabemos que nadie puede realmente sustituirnos si fracasamos en nuestra tarea; estamos atrapadas en el engranaje de la entrega. Quizá sea ahí, en esa tensión, en ese desgarramiento de la entrega constante y absoluta, donde encontremos lo que otros han buscado en el ejercicio de los tres votos." Sí, esta vida es terriblemente exigente: se acabó la independencia, todo es dependencia: dependencia del cónyuge y de los hijos, dependencia de todas las necesidades de los demás.

El matrimonio, símbolo de las realidades divinas

Otro beneficio que ofrece el matrimonio es precisamente su valor como símbolo del mundo divino y de las realidades divinas. He aquí una página de mi propia experiencia, llena de interés. Una corresponsal de los Equipos de Nuestra Señora escribe: "Ante la obligación de hacer oración, me lancé sin saber muy bien cómo hacerlo, y entonces, de repente, tuve una intuición; era sin duda necesario, ante todo, crear un estado del alma de intimidad con Dios; pero entonces, es muy sencillo, ¡estoy entrenada en esta gimnasia por nuestra vida conyugal! Cuando quiero contribuir a que nuestras veladas juntos sean momentos de verdadera intimidad, acallo en mí todo el bullicio de las preocupaciones domésticas, las preocupaciones por los niños, el trabajo que hay que hacer; intento ponerme, corazón, mente y alma, libre de todo eso, a disposición de mi marido, a la escucha de sus preocupaciones, sus pensamientos, sus fracasos; y entonces, tal vez, hablamos de nuestros hijos, de mis propias preocupaciones, de mi trabajo, pero en una atmósfera purificada. Para mí, la referencia a nuestra vida matrimonial fue la primera introducción a la oración, a la preparación de la oración. Me parece que para enseñarnos a rezar, los sacerdotes deberían decirnos: vivan intensamente su vida conyugal, purifíquela, o al menos intenten hacerlo por todos los medios a su alcance. Eso es lo que yo he entendido. Varias veces, cuando he tenido la impresión de no llegar a ninguna parte, he querido sumergirme en Santa Teresa de Ávila, por ejemplo, pero entonces algo me ha detenido y me ha dicho que había otra biografía que consultar: la que escribimos todos los días juntos los dos." Esta confidencia está llena de verdad: es lo que las parejas necesitan descubrir en su amor humano: una iniciación al amor cristiano, al amor de Cristo.

Los beneficios sobrenaturales

Pero si la vida conyugal proporciona una preciosa ayuda natural, es sobre todo una realidad sobrenatural. Todo el matrimonio cristiano, en todas sus realidades, es sobrenatural y sacramental.

Es un sacramento. Se habla del sacramento del matrimonio, sería mejor decir: el matrimonio es un sacramento, es decir que el sacramento no es algo "agregado", algo añadido; es este don, del uno al otro, del hombre y de la mujer, que es el matrimonio, que es un sacramento. Sería concebible que un hombre y una mujer se unieran, y que el sacerdote les confiriera un sacramento mediante una bendición; pero este sacramento, como se ve enseguida, sería como algo adventicio, no estaría entrelazado en su amor. En realidad, el sacramento es su entrega mutua, y la fuente de las gracias es toda su vida de entrega mutua. Si Cristo pudo decir: "Cuando dos o tres de ustedes se reúnen en mi nombre, yo estoy en medio de ustedes", con mayor razón esto es verdad cuando

los que están unidos lo están por un sacramento. Y por un sacramento que dura, y por un sacramento que es fuente de gracias que nunca se agota.

Pero seamos claros: cuando decimos que el matrimonio es un sacramento, queremos decir que todas las realidades del hogar son portadoras de gracia para los esposos que lo viven según la voluntad divina. Es en y por el contexto de la vida matrimonial que Cristo comunica su gracia a cada uno de los cónyuges.

Como ocurre con los demás sacramentos, la acción de Cristo sólo es eficaz en la medida en que la aceptamos. Por consiguiente, debemos abrirnos a ella mediante la fe, la humildad y la cooperación que exige. Y no sólo un día, sino siempre. Porque el matrimonio no es como un vestido de novia, que te pones una tarde, con devoción, en una caja de cartón en lo alto de un armario, y que acabas olvidando. El sacramento del matrimonio es una realidad viva que siempre está ahí, y a la que hay que llamar constantemente. Los esposos deben hacer a menudo un acto de fe, en su oración conyugal en particular, en este sacramento que sólo espera actuar, para unirles, para purificarles, para librarles del mal.

Fe, humildad, también esperanza: los sacramentos funcionan en la medida en que estamos hambrientos de los dones que se nos ofrecen. Y luego, por supuesto, la cooperación. Si no nos esforzamos por amar, si no trabajamos para profundizar en nuestra unión, si no cumplimos con nuestros deberes, la acción del sacramento se ve obstaculizada. Pero si, por el contrario, se cumplen bien las tareas, entonces el sacramento es verdaderamente ese maravilloso don de Dios a los cristianos casados, que hace de su hogar una célula de la Iglesia, parte integrante del misterio de Cristo -el misterio de la muerte y de la resurrección-. Este misterio, que se vive en la gran Iglesia, se vive también en esa "iglesia en reducción", según la expresión de san Juan Crisóstomo, que es el hogar cristiano.

LOS PELIGROS DEL MATRIMONIO

El matrimonio, pues, ofrece una ayuda inestimable para tender a la santidad, pero entraña sin duda peligros, los mismos peligros de los que se protegen los religiosos con los tres votos: peligros de los bienes materiales, por el voto de pobreza; del amor humano, por el voto de castidad; de la fantasía y de la independencia, por el voto de obediencia. Nuestros cristianos casados no tienen estos tres votos, ¡y con razón! Sería, pues, un extraño error invitarles a parecerse lo más posible a los religiosos. ¿Quién no lo ve así? Sería bloquearles el camino de la santidad. Sería condenarles a un perpetuo complejo de inferioridad. ¿Cómo podrían parecerse a los religiosos que, por sus votos, se han despojado del dinero, de la vida sexual y de la independencia, cuando su vida cotidiana de casados les devuelve constantemente a esas realidades? Así pues, no es renunciando a esas realidades, sino esforzándose por vivirlas cristianamente, como harán resplandecer la Redención de Cristo en esos tres ámbitos. Pero es precisamente el uso cristiano de los bienes de este mundo lo que presenta serias dificultades. Hablemos un poco de ellas.

Los bienes materiales

Primero los bienes materiales. El padre de familia suele estar obsesionado con el pan de cada día. Y cuando trabaja diez horas al día, a las que se les suman dos horas de viaje de ida y vuelta, no le queda mucho tiempo para los ejercicios religiosos. La preocupación y la búsqueda de los

bienes materiales quitan la libertad de un tiempo que podría ser infinitamente precioso para una vida más humana y cristiana.

No es sólo tiempo, sino libertad de espíritu lo que devoran las tareas profesionales, todas las exigencias de esta vida laboral, tanto el trabajo fuera de casa como las actividades domésticas de la madre. Y estas exigencias se imponen a todos.

Es más, cuando alcanzamos un cierto nivel de confort, los bienes materiales se han obtenido con mucho esfuerzo, de una cierta austeridad de vida, y aquí nos topamos con otro peligro, no menos grave. Hay algo que la riqueza elimina por encima de todo: la humillación. Un inspector de finanzas, un hombre poco familiarizado con la pobreza, vivía en París en la época de la "ocupación"; tenía muchos hijos; como todos los parisinos, tuvo que recurrir a las artimañas de Sioux para conseguir el alimento que necesitaba; los domingos salía en bicicleta a la campiña de los alrededores, y aunque era inspector de Finanzas, cuando entraba en el corral de una granja, el perro le ladraba a los zapatos; y cuando llamaba a la puerta de la granja, era rechazado por un empleadito al que el Monsieur Inspector de Finanzas no impresionaba en absoluto. "Nunca me había dado cuenta -me dijo un día- de hasta qué punto nuestro dinero y nuestra posición social nos protegen de la humillación."

Los bienes materiales no sólo dispensan de la humillación; también dispensan del abandono en Dios. Pierre Dupouey escribía a su mujer poco antes de morir: "Si yo muriera, no te preocupes demasiado por el mañana; no olvides que un poco de incertidumbre sobre el porvenir es el mejor acicate para la confianza y el abandono en Dios. La gran desgracia de los ricos es que su oro les resguarda de la Providencia, de su maravillosa, tierna y paternal consideración; reúnen toda su vida en su cerebro y no tienen, como nosotros, relación con Dios". Sí, los pobres tienen relación con Dios, y por eso toda la Biblia canta la gloria de los "anavim", por eso Cristo dijo: "Bienaventurados los pobres". A los casados hay que mostrarles el camino para salir de todas estas dificultades. Invitarles a ahorrar tiempo, sabiendo que esto no les resulta fácil; exhortarles al espíritu de pobreza, que consiste en saber utilizar cristianamente los bienes materiales -y esto es a veces más difícil que despojarse de todos los bienes-; enseñarles también a transcribir en la práctica este espíritu de pobreza, que no debe quedarse sólo en espíritu. En la actualidad, los cristianos laicos, se caracterizan, porque tienen esta preocupación por la pobreza evangélica. Por ejemplo, este hogar con buenos ingresos y muchos hijos. A menudo me preguntaban: "¿Hacemos bien en mantener nuestra situación? ¿No deberíamos irnos a vivir pobres entre los pobres?" Pero eso planteaba grandes problemas: educar a los hijos, la familia... Buscaban y, al no encontrar lo que buscaban, se sentían infelices. Un día me dijeron: "No podemos no tener una sala de estar, no podemos no tener un comedor para acoger como es debido a quienes vienen a nuestra casa, pero nos regalaron un dormitorio extremadamente lujoso para nuestra boda; pues bien, hemos decidido, si usted no lo desaprueba, vender este mueble. Compraremos otro modesto, y con el dinero de la venta podremos proporcionar a dos familias que viven en una sola habitación un alojamiento más adecuado a sus necesidades."

El amor humano

Una segunda serie de obstáculos puede encontrarse en el amor humano. Cuando digo amor humano, no me refiero sólo a la vida carnal, sino también al amor espiritual de los esposos entre sí -y digo espiritual ante todo en el sentido humano de la palabra-. Este apego entre dos personas, si no es constantemente corregido, sanado y transfigurado por la caridad de Dios, es a menudo un

verdadero obstáculo para el florecimiento de la vida cristiana. Menos libertad de espíritu, menos libertad de corazón, una especie de red que se teje en torno a nosotros, poco a poco... Como decía San Pablo: "El que está casado está dividido". Sí, está dividido, y a menudo tiene que hacer un gran esfuerzo para que el amor a su cónyuge no relegue a un segundo plano el amor a Dios. Lo mismo ocurre con los hijos. Sabemos hasta qué punto las madres pueden llegar a ser posesivas, y hasta qué punto todo su egocentrismo puede centrarse precisamente en sus hijos.

Cualquiera que haya estado en contacto con los hogares también será consciente de todos los problemas que plantea el control de la natalidad y la obligación de continencia, que a menudo es muy difícil de respetar.

La independencia

Tercer peligro. Cuántas veces decimos a los hogares que depositan su confianza en nosotros: Hay algo más peligroso para ustedes que los bienes materiales, más peligroso que la carne: es su independencia, es el espíritu de independencia, el espíritu de insubordinación. La insubordinación de la mujer al marido, la insubordinación del hogar al clero, a la Iglesia. Hoy nos asusta esta "espiritualidad de la insubordinación", por así decirlo, en muchos laicos: su propia voluntad, sus propias ideas, sus críticas agudas... ¿Qué podemos hacer? En primer lugar, invitarles a una sumisión mutua. Cuando uno ama a alguien, se somete a esa persona, abdica de su voluntad... siempre y cuando, claro está, que todo vaya según lo previsto. El amor es una gran escuela de dependencia, a condición de que sea verdadero y recto. Sumisión a la otra persona, sumisión a las exigencias del hogar. En cierto modo, no pueden evitar esta sumisión; pero aún tienen que aceptarla como una dependencia querida y elegida; entonces, no hay nada más beneficioso ni purificador que esta dependencia todos los días, de la mañana a la tarde, día y noche.

Y también, sumisión, abandono, a la voluntad de Dios. En la vida familiar, este abandono no tiene el carácter metódico, puntual y uniforme de la obediencia religiosa, pero no es menos meritorio, y a menudo inesperado... Testigo de ello es esta madre de familia de cuya pintoresca aventura me contaron hace poco: se disponía a rezar devotamente su oración matutina cuando, de repente, oyó gritos en la habitación contigua; salió corriendo... y finalmente se encontraba en el metro, con su hijito en brazos; tenía un enorme vendaje alrededor de la cabeza: un grave accidente, sin duda... Le cedieron un asiento. Al cabo de dos minutos, abofeteó al niño. Hubo una indignación silenciosa. El niño vuelve a jugar con el sombrero de su madre: ¡otra bofetada! Entonces, una anciana se acercó discretamente a la joven: "Escuche, querida señora, comprenda... cuando un niño pequeño sufre mucho, hay que ser indulgente... Sea dulce con él. -¡Ah, sí, ah!, eso cree, bueno, ya verá! Así que, poco a poco, fue deshaciendo la enorme venda, y ¿qué se vió? El niño se había puesto cierto instrumento en la cabeza, un instrumento bastante poco glorioso, que normalmente no se pone ahí... Y como la madre no podía quitárselo, llevaba a su hijo al médico para que se lo quitara. Y justo en el momento en que quería ponerse a rezar. Este es un buen momento para recordar las palabras de Pascal: "Si Dios nos diera maestros de su propia mano, ¡oh, con qué gusto le obedeceríamos de todo corazón; la necesidad y los acontecimientos lo son, infaliblemente!" "Sí, Madame, ¡la voluntad de Dios se ha manifestado así! - ¿No me hará creer que Dios quiso que mi hijo se pusiera ese instrumento en la cabeza?" – "Claro que no, ¡pero ha sido voluntad de Dios que, con el niño que lo lleva puesto, renuncie a su oración y lo lleve al doctor que sabe cómo sacarlo!"

Sumisión a la vida, sumisión a los acontecimientos, y también sumisión al sacerdote, al consejero espiritual.

Falta de formación

Entre los peligros, les señalo el más grave: la falta de formación para una verdadera vida cristiana. Para ellos, ¡no hay noviciado! “Si el matrimonio tuviera un noviciado”, decía San Francisco de Sales, “¡no habría muchos seguidores! Es posible, pero de hecho la formación en esta espiritualidad de cristianos casados falta gravemente para los que se comprometen en el matrimonio. No tienen tiempo, ni maestros, ¡ni escuela! para esta formación. Se ven lanzados a una vida asombrosamente difícil, sin estar preparados para ello: ¡se trata de un asunto singularmente grave!

Por su parte, El Anillo de Oro ha asumido la misión de llevar esta espiritualidad del cristiano casado a los novios y a las familias. Junto con varias parejas, hemos creado un Centro de preparación al matrimonio en el número 17 de la calle Dufrénoy, en el distrito 16 de París. Las iniciativas se multiplican. Pero aún estamos lejos de alcanzar nuestro objetivo.

Uno de los grandes medios de formación son los retiros cerrados para novios y parejas. Los más provechosos son los retiros de cinco días en los que los esposos lo hacen juntos. Cada uno tiene su propia habitación y vive en completo silencio, con la excepción de un largo intercambio de opiniones entre marido y mujer el cuarto día, para ver juntos cómo vivir más perfectamente su vida familiar. No fuimos nosotros quienes impusimos estas exigencias: fueron los propios casados quienes llegaron a desearlas. Descubrieron que están extraordinariamente unidos y que la unión se refuerza singularmente cuando, durante cinco días, han recibido las mismas enseñanzas y rezado uno al lado del otro, sin hablarse.

Por último, tanto para los hogares como para los religiosos, es muy difícil vivir la vida cristiana si no se vive en común. Hay que seguir el ejemplo que nos dieron los primeros cristianos. Nuestros grupos de hogares, los Equipos de Nuestra Señora, son estas pequeñas comunidades, que yo llamaría un “ambiente sobrenatural nutritivo” donde, precisamente, encontramos esta ayuda mutua que permite a los hogares abrirse y florecer con la gracia de Cristo...

*

Lo que queda por hacer ahora es mostrar el rostro de esos hogares que se esfuerzan por vivir de acuerdo con esta espiritualidad conyugal. Me limitaré a unas breves pinceladas. Hay que cristianizar toda la vida familiar. En primer lugar, tenemos que buscar el sentido cristiano de todas las realidades de la familia, hacernos la pregunta: “En el fondo, ¿qué piensa Dios sobre el amor, sobre la paternidad y la maternidad, sobre la sexualidad, sobre la educación, sobre todas las grandes realidades del hogar?” Y no sólo descubrir, sino también querer poner en práctica la idea de Dios en todos estos ámbitos.

También hay que buscar lo que se suele llamar un estilo cristiano del hogar: el estilo cristiano de las relaciones entre las personas: entre los cónyuges, entre los padres y los hijos, entre los padres y los abuelos, entre el hogar y los amigos; un estilo cristiano del entorno: la casa, los muebles, la ropa, las comidas, los gastos; un estilo cristiano de las actividades cotidianas: el trabajo, el ocio, el levantarse, el acostarse, las salidas, la hospitalidad. ¿Cómo puede ser todo esto

cristiano, cómo puede parecer cristiano, cómo puede brillar todo ello con la gracia de Cristo? Un estilo cristiano para cada día: el domingo no es como el sábado, el sábado no es como el jueves, el jueves no es como los demás días de la semana; un estilo cristiano para los grandes acontecimientos: nacimiento, enfermedad, pruebas, matrimonio, muerte... Vivir cristianamente estos acontecimientos. Y todo ello "para que Dios sea glorificado en todas las cosas", como dicen los benedictinos.

Por último, puesto que el hogar no está aislado en la ciudad y en la Iglesia, esta espiritualidad conyugal y familiar es también una espiritualidad del compromiso del hogar en las tareas humanas y eclesiales. Pero ese es un tema para otra conferencia.

Henri Caffarel